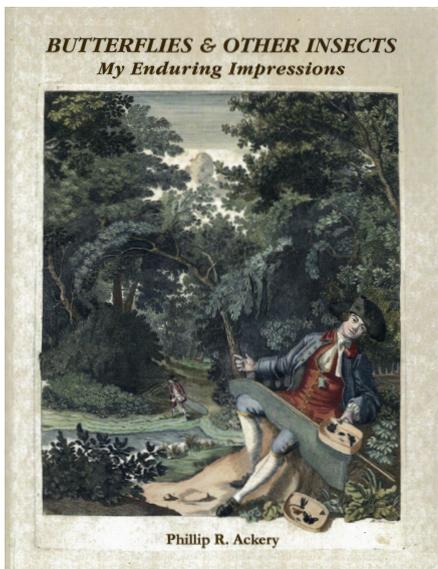


ANARTIA, 26 ("2014" 2016): 153 - 161
ISSN: 1315-642X

Recensión

ACKERY, Phillip R. 2012.
Butterflies & other insects. My enduring impressions
[1st ed.]. Ceredigion, UK: Forrest Text /
The Natural History Museum, viii + 193 pp. + [i].



Este es un libro hermoso, con un contenido edificante y a su vez abrumador que inspiraría por igual a los simples amantes de la belleza estética de las mariposas y otros insectos como a los profesionales –no siempre tan románticos, a veces amargados– que a través de prolongados estudios esperamos esclarecer y comprender su diversidad, distribución geográfica, biología y misterioso origen en el tiempo, su rareza y su influencia en la cultura. Escrito, editado y publicado en Gran Bretaña, por

un experto (muy) inglés, de notable trayectoria en la curaduría y la investigación taxonómica de las mariposas, conocido además por la comunidad planetaria de lepidopterólogos de los últimos cuarenta y cinco años. Es un libro que en sí mismo, por sus temas, quizás emergió, como un insecto, de un huevo, o de varios, y ha debido crecer como una comunidad gregaria de orugas –por muchos años alimentándose de la enseñanza que da el estudio de las colecciones de historia natural, los libros antiguos de viajes a tierras exóticas, de las crónicas de recolectores coloniales, los menos atractivos textos

académicos y la relación perenne con expertos del orbe que acudían a la apacible presencia de Phillip Ackery en su oficina de curador de la colección de mariposas más grande y representativa de la fauna mundial. Sujeto afable y paciente, dotado de una capacidad organizativa admirable y de un singular sentido del humor, quien contó con la buena fortuna de permanecer suficientes años en el lugar indicado y en la época apropiada para poder concebir la idea, desarrollar este texto, y seleccionar escrupulosamente las imágenes con las que iría a ilustrarlo. Este libro ha debido “pupar y eclosionar” oportunamente (en el momento de escribir, que es cuando uno realmente piensa, revisa su memoria y reconstruye lo que creía haber entendido en el pasado), no para desplegar mariposas multicolores sino para ofrecernos una demostración de erudición. Es ante todo una obra de historia científica que se inscribe en la tradición del ingenio culto y la *scholarship* que impregna la academia británica; del humanismo sobrio cultivado a pulso desde el Medioevo, por el que puede preciarse el Reino Unido de ser una de las cunas de la civilización occidental.

Puedo imaginar a Phil en la procura secreta del tiempo para organizar este proyecto, durante sus años de curador y gerente de una colección de varios millones de especímenes. Su deber de cuidar los procedimientos administrativos institucionales, lidiar con sus colegas, inspeccionar periódicamente cada gaveta repleta de muestras biológicas de hasta 250 años de antigüedad, controlar los agentes que atentan contra su preservación, leer, estudiar, examinar las muestras de turno, atender correspondencia, préstamos institucionales, escribir en sus contadas horas de sosiego, y al mismo tiempo atender, casi a diario, con cortesía y respeto otra “colección” más heterogénea de visitantes, no todos precisamente agradables o humildes, no siempre tan profesionales, ni muy cuerdos, a veces ni siquiera honestos. Cumplir esta rutina de altísima responsabilidad histórica con aquel valioso relicario patrimonial, orientar y supervisar nativos y extranjeros en las salas de colecciones, y aún así mantener la chispa de su originalidad como pensador, su ánimo de lector y escritor, sin perder –aparentemente– su temperamento proclive al fino humor, ha sido un ejemplo magno de tolerancia, una lección universal de organización personal y una hazaña de vida. Entre los incautos –como yo– no era posible imaginar que una parte de aquella ocupada existencia estaba gestando una síntesis de tal al-

cance. Yo he recibido su libro con gran placer, como un obsequio, de las manos de mi amigo Andrew Neild, y al abrirlo me impresionó mucho el acopio informativo que hay en cada una de sus páginas, el anecdotario rebuscado, el riquísimo vocabulario de sus líneas y nuevamente el acento humorístico propio del autor. La distinguida escogencia de sus ilustraciones, inmediatamente me condujo a los sótanos del antiguo edificio de entomología del “British Museum (Natural History)” en Londres (demolido hace algunos años para dar paso al Darwin Centre del Natural History Museum, NHMUK, en su fase postmoderna) y a las bibliotecas departamentales convenientemente dispersas en aquel maravilloso palacio dotado de columnas y cornisas de terracota adornadas con las hojas, lagartos y pájaros de Alfred Waterhouse, ligeramente reminiscentes de las gárgolas de Notre Dame. No hay desperdicio en estos textos. Antes de leerlos y poder terminar de escribir mis propias impresiones ya había aparecido una reseña redactada por Dick Vane-Wright (2012. *Antenna*, 36(4): 261-262), que parodia en su título, como lo hace Ackery en su preámbulo, el de la autobiografía de Vladimir Nabokov “habla, memoria” y que creo extraordinariamente sincera, eficientemente sintética, e inevitablemente emotiva, por lo menos en lo que respecta a la prolongada relación profesional y de amistad entre Phil y Dick y a las habilidades de éste último para pescar en un mar de letras las frases sobresalientes, las ideas trascendentes (o triviales, según se vea), la nota excéntrica y las inquietudes que emergen de lo que todavía no se conoce pero que de alguna manera se capta entre las líneas. Era imposible para mí no coincidir con algunos juicios de Vane-Wright: probará esto que el maestro influye en los intereses e inclinaciones intelectuales del discípulo. Sólo por esa influencia dialéctica y pedagógica se atreve un latinoamericano a opinar con cierto criterio sobre un trabajo cuyo tema, estructura y estilo son tan ingleses que quizá estas notas realmente ayuden a promover el interés por el libro que me ocupa, pero a riesgo de que los potenciales lectores del mundo iberoamericano terminen pensando que estoy sobreestimando sus cualidades. Soy sólo un intérprete de la tradición histórica de los naturalistas ingleses que quiere traducir sus emociones al espíritu de la provincia cultural de mi país y su distrito latinoamericano, siempre presto a sucumbir a las bajas pasiones de la política (como lo advirtió tempranamente Alexander von Humboldt) y al caos que de aquellas probadamente emerge, y

casi nunca preparado para honrar la primigenia, dignificante y noble contemplación de la naturaleza¹.

Hace tiempo he leído algunos libros apasionantes de autores británicos un poco excéntricos, como el de G. B. Longstaff *Butterfly-hunting in many lands* (1912), y también los dos volúmenes de las raras memorias de Margaret Fountaine (*Love among butterflies*, 1980 y *Butterflies and late lovers* 1986), que aunque no admiten términos de comparación para el caso, pueden servir de abreboza a la lectura de *Butterflies and other insects: my enduring impressions*, especialmente porque éste último entreteje numerosas historias de personajes y circunstancias francamente rebuscadas para enseñarnos por qué los hombres hemos sido tan obsesivos en la exploración de remotas regiones en busca de tesoros aparentemente insignificantes, nuevas especies biológicas de coloridas mariposas y otros insectos, y de soñados emporios de belleza natural. ¿Por qué la fiebre de los insectos y especialmente las mariposas se hizo viral durante el siglo de las luces cuando emergió la filosofía que permitió establecer un sistema funcional y universal de clasificación de los seres vivientes? ¿Cómo Linnaeus desde Suecia creó una escuela internacional de filosofía natural y envió a sus discípulos por el mundo a descubrir las especies?, y cómo éstos primeros especialistas se encargaron de construir una red de intercambio (de amistad o enemistad) entre otros profesionales y aficionados que llegaron a amasar las más grandes

¹ A propósito de esta realidad cito aquí parte del aleccionador discurso que Adolf Ernst (1832-1899), el sabio naturalista germano-venezolano, fundador de la primera academia de ciencias en Venezuela, pronunció públicamente en Caracas: "*La historia natural, considerada en un sentido más lato, no es solamente motivo de estudio para satisfacer inclinaciones personales: es una fuente de verdad que satisface la sed de aprender que se desarrolla en toda inteligencia. Ella ofrece los primeros encantos al niño curioso, robustece el carácter del adolescente, señalándole luminosos senderos, da cuerpo a las visiones del adulto y tiñe con destellos de inextinguible aurora las canas venerandas del anciano. Sobre la base que ella constituye, asienta el filósofo sus deducciones e inducciones más perfectas; ella abre a las artes, a la industria y al comercio los explotables veneros de riqueza, hace brotar para el médico manantiales salutíferos, proporciona a todos un caudal de progreso, de felicidad y de bienestar; y fundirá algún día, en los mismos crisoles, campanas y cañones, para fabricar instrumentos que nos den la visión de lo invisible y nos permitan la contemplación de la inmensidad*".

colecciones privadas de plantas y animales, gabinetes de curiosidades, que en muchos casos pasaron a formar el núcleo de los museos más emblemáticos de nuestro tiempo.

El libro de Ackery ilustra muy bien cuáles fueron las motivaciones de los hombres que estructuraron la ciencia de la lepidopterología y formaron una parte de la sociedad del conocimiento desde la época en que el coleccionismo parecía mera ociosidad. ¿Cuántos sabíamos que la búsqueda y cacería de mariposas se profesionalizó durante la expansión colonial de países como Gran Bretaña y Francia?, que los grandes pensadores que en su madurez aportaron las ideas básicas sobre las que gravita la biología moderna (p. ej., Humboldt, Wallace, Darwin, Bates, Müller) fueron en su juventud cazadores profesionales de mariposas y de muchos otros organismos; proveedores de los gabinetes privados y museos reales de Europa. Que la pasión por las mariposas y su colorida diversidad hizo célebres a unos cuantos personajes, consumió fortunas, arruinó familias, condujo a juicios ridículos, pero también hizo infames a falsificadores, cleptómanos y despiadados comerciantes. Phillip Ackery habla categóricamente de la obra de sus predecesores en la institución museística. Con gracioso respeto evoca anécdotas de curadores y conversaciones o epístolas entre entomólogos; dicta una cátedra erudita sobre los obsesos pioneros de la taxonomía de mariposas en Suecia, Holanda, Francia, Norteamérica y más aún sobre una variedad asombrosa entre sus compatriotas británicos inmersos como locos en el asunto de las mariposas: coleccionistas, filántropos, exploradores, militares entusiastas, naturalistas, taxónomos, pintores, millonarios excéntricos, y científicos profesionales. Desfilan por igual Sir Hans Sloane, Sir Joseph Banks patriarcas fundadores del Museo Británico, William Jones of Chelsea o William Chapman Hewitson cada cual más perfeccionista en la ejecución de aguadas y acuarelas de preciosas mariposas exóticas copiadas con fidedigna exquisitez. El Barón Rothschild quien invirtió la fortuna de su familia de banqueros en formar una de las colecciones de mariposas más grandes de la historia, pagando los servicios perennes de un entomólogo profesional (Karl Jordan) para su estudio, o el mítico montañista y explorador George Mallory, fatalmente desaparecido entre los glaciares del Everest y alguna vez vagamente ligado a la misión de recolectar mariposas en los Himalaya. Ackery habla del arte, de superestrellas de su tiempo como Maria Sybilla Merian (*Metamor-*

phosis insectorum surinamensium), del Nabokov lepidopterólogo, mucho menos conocido por esta pasión profesional que por su exitosa carrera como novelista. Más adelante diserta como un maestro sobre los grupos de mariposas que ocuparon parte importante de su carrera profesional como investigador. Deja poco que decir sobre los más singulares danáidos, y sus peculiaridades biológicas, siempre a través de historias e historietas desenterradas de algún oscuro y desconocido archivo. Vuelve sobre la obsesión por el hallazgo de las especies más raras, las peculiaridades biológicas de esta subfamilia, comunica siempre con su humor seco y cinismo inteligente sus conocimientos sobre un grupo con el cual trabajó muchos años con Vane-Wright y por cuyos novedosos resultados recibieron ambos la medalla Karl Jordan de la Lepidopterists' Society en los EEUU; las *Parnassius* y las *Ornithoptera*, bellísimas y variadas representantes de las Papilionidae en las regiones Paleárticas y Oriental, respectivamente; las mariposas de las pasionarias que forman la riquísima tribu de los Heliconiini, mariposas tropicales de América (de las cuales Phil confeccionó y publicó un catálogo ilustrado de especímenes tipo en el Museo Británico). Estas mariposas emblemáticas han sido las más útiles de todas en la comprensión de fenómenos naturales como el mimetismo, y sirven de modelo en estudios genéticos cada vez más complejos que han ayudado como ningunos otros insectos (probablemente más que las moscas del género *Drosophila*), a través de ingeniosos experimentos, a la comprensión de la relación entre genética, herencia y evolución, y a entrar en insospechadas profundidades de la teoría de la selección natural, el paradigma más disseminado de la biología.

La segunda mitad del libro involucra un interesante ensayo histórico sobre el creciente interés en el descubrimiento de los estadios larvales de los lepidópteros, partiendo de la arquetípica obra de Merian en Surinam en el siglo XVII. Doscientos años después Arthur Miles Moss y Margaret Fountaine parecieran haber llevado el oficio de cazador de orugas a un momento apoteósico, dejando un registro enorme –buena parte aún inédito– que por fortuna sobrevive a buen resguardo en el NHMUK. Seguidamente el autor ensaya sobre tres casos selectos de historia cultural basados en lepidópteros nocturnos: los misteriosos esfingidos, suerte de colibríes invertibrados de la noche, la “mariposa” de la seda (*Bombyx mori*), cuyo impacto en la humanidad merece en sí mismo un tratado en-

ciclopédico (existe un Instituto de la Seda en Japón, y seguramente más de un equivalente en China) y la *Biston betularia* (peppered moth), cuya variación fenotípica motivó el estudio que llevó a Bernard Kettlewell a proponer su demasiado bien conocida, y todavía controversial, teoría del melanismo industrial, “la evidencia que le faltó a Darwin” para demostrar el rol de la selección natural en la diversificación de los seres vivos.

Por mi propia formación puedo opinar con menos propiedad sobre la miscelánea entomológica que conforma la última cuarta parte del libro. Ackery dedica varias páginas al creciente interés científico por la relación entre las moscas y sus larvas con la medicina y la criminalística. Vertiginosamente la entomología forense se ha vuelto muy *fashionable* en la actualidad; una disciplina que considero atractiva y muy mediática pero que posiblemente se convertirá, en el futuro, más en una especialidad técnica que en un tema promisorio para el desarrollo de grandes investigaciones. Simplemente creo que pasará de moda. Todo lo contrario ocurriría con el tema que sigue, relacionado con los mosquitos o zancudos y su intervención en la transmisión de enfermedades causadas por microorganismos, principalmente protozoarios difíciles de controlar una vez que infectan la sangre. A este punto el tema de la malaria, una enfermedad que a través de la historia ha matado prematuramente millones de personas, se vincula en estas páginas con la épica búsqueda del árbol de quina (*Cinchona*) en las selvas suramericanas para su aclimatación, cultivo y obtención de extractos, uno de los cuales, la quinina, probó convertirse en medicamento efectivo para el tratamiento de las mortales fiebres palúdicas. Se trata de una época en que la medicina no contaba con los recursos para intervenir el ciclo de propagación del *Plasmodium* eliminando el mosquito vector. Este capítulo trajo a mi memoria la erradicación de la malaria en Venezuela, con el programa que dirigió a mediados del siglo XX el venerable Arnoldo Gabaldón, y más aún el horror angustiante que emerge de la magistral descripción novelada del ciclo del *Plasmodium vivax* que hizo el poeta y narrador venezolano Antonio Arráiz en “la fundación”, incorporado en *Tío Tigre y Tío Conejo* (1945), un texto que no debe faltar en ninguna biblioteca venezolana. No conforme con las malas pasadas de las moscas y mosquitos aparece en *Butterflies and other insects* un pequeño tratado, interesante por las citas de fuentes antiguas y modernas, sobre las pulgas (y ratas), la calamidad de su

diseminación y los estragos de enfermedades pandémicas por ellas transmitidas que cambiaron la historia de Gran Bretaña: la muerte negra en 1348, que diezmó a la mitad la población de las islas, y la gran peste de 1665 (documentada por Samuel Pepys y Daniel Defoe), que exterminó una sexta parte de los residentes en Londres. De igual manera el libro trata de unos insectos casi invisibles que en todos los museos amenazan destruir las colecciones biológicas. Phil los llama los devoradores de patrimonio, miembros de una fauna que él como Curador de altura conoció y combatió mejor que nadie. Su estimación asombra: de 130.000 gavetas con insectos en el NH-MUK, probablemente, a un mismo tiempo, sólo 20 se encuentren infestadas con pequeños psocópteros, thysanuros y coleópteros. No creo que estas alentadoras cifras se apliquen a las condiciones de las colecciones en países tropicales. Sólo en Venezuela sabemos que se han perdido colecciones enteras por esta causa (el malogrado herbario de J. M. Vargas, la colección de mariposas de T. Raymond, por nombrar sólo dos).

En el mismo tono, estilo y acento se suceden ensayos sobre las abejas y la miel, las cucarachas y la repulsión que han producido en la humanidad desde los inicios de la historia natural; la inclinación universal a la perplejidad y el placer de asombrarse ante los insectos más grandes, extravagantes y coloridos (experiencia psicológica fundamental para el imaginario contemporáneo de monstruos alienígenas). Un capítulo sobre odonatos (libélulas y damiselas) pareciera un poco desconectado del resto del libro, por ser menos denso, sin embargo, se lee amenamente porque trae información anecdótica poco conocida, ciertas reflexiones personales sobre los fósiles de libélulas gigantes, algunas consideraciones lexicográficas interesantes y hasta mención de raras costumbres orientales. El último capítulo se ocupa del orden de insectos más diverso, y sin duda el grupo animal más numeroso, los coleópteros, generalmente conocidos como escarabajos. Como dato curioso queda claro en esta parte que Henry Walter Bates, el explorador del Amazonas, inmortalizado por sugerir por primera vez el fenómeno del mimetismo entre las mariposas neotropicales no fuera precisamente un lepidopterólogo sino un entusiasta coleccionista y especialista en escarabajos. Cierra esta obra una lista de curiosas fuentes bibliográficas (yo la leí completa) y los índices taxonómico y general.

Aunque Phil Ackery modestamente pareciera ocultarlo, este original tratado sobre las mariposas y otros insectos, va mucho más allá de sus impresiones personales; es un banquete de historia y entomología, un festín visual que nos deja al final satisfechos y exhaustos, con el sabor lejano pero permanente de algo que llamamos cultura; la cultura de la historia natural. Creo también que esta obra es un prodigioso homenaje a muchos hombres y mujeres cuyos nombres quedaron por casualidad, defecto o virtud, esfuerzo, pasión, infortunio y locura asociados al alucinante mundo que conocemos de los insectos.

Ángel L. Viloría*

* Centro de Ecología, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. Apartado 20632, Caracas 1020-A, Venezuela
aviloría@ivic.gob.ve